

Pipkin, Diana. Claves históricas para leer a Maquiavelo. En publicación: Fortuna y Virtud en al República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo. Tomás Várnagy CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. 2000. ISBN: 950-9231-54-1

Disponible en la web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/maquiavelo/pipkin.pdf>

Fuente: Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

Claves históricas para leer a Maquiavelo

— Diana Pipkin *

*El que no prueba, Amor
tu gran potencia, en vano espera
ser de veras leal
al que sea del cielo el más alto valor;
ni sabe, en suma, cómo se vive y muere,
cómo acontece el daño y el bien escapa,
cómo a menos que a otro
amarse a sí, cómo el denso
temor y la esperanza el alma oprimen y congelan;
ni sabe cómo por igual los hombres y los dioses
temen el arma de que el Amor se ha armado.*

Canción para después del primer acto de *La Mandrágora*,
obra de teatro escrita por Nicolás Maquiavelo.

Como otros personajes de la Historia, la vida y la obra de Maquiavelo están inscriptos en su tiempo. Esto significa que a la estructura de pensamiento de Maquiavelo le corresponde una estructura histórica que le sirve de sustento y le otorga sentido. Por lo tanto, deberemos adentrarnos en el tejido de la historia y en el de su teoría para enlazarlos significativamente. Sólo así puede comprenderse realmente el pensamiento de Maquiavelo.

¿Cuál es la época de Maquiavelo?

Todo aquel que tenga alguna idea sobre la existencia de Maquiavelo, responderá que es un exponente del Renacimiento italiano. Efectivamente, los años en que vivió, 1469-1527, y el lugar en que nació y permaneció la mayor parte de su vida, Florencia, coinciden con el período que los historiadores llaman “Renacimiento” y con el lugar donde este movimiento cultural alcanzó su mayor esplendor.

Pero, ¿qué es el Renacimiento? ¿Cuándo comenzó y cuándo terminó? ¿Qué relación tiene el Renacimiento con la cultura de la Edad Media y con la de la modernidad?

* Profesora de Historia Contemporánea en la Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Hasta hace unas décadas, el Renacimiento significaba "... la aparición del individualismo, el despertar del impulso hacia la belleza, el triunfo de la mundanidad y de la *joie de vivre*, la conquista de la realidad terrenal por la acción de la mente, la restauración del deleite pagano de vivir, el desarrollo consciente de la personalidad en su relación natural con el mundo..." (Huizinga, 1969: p. 215).

Los contemporáneos del Renacimiento coincidían con esta imagen. Los italianos que vivieron hacia el 1500 veían a su tiempo y a su patria como un gran estímulo para una nueva vida después de una época de degradación y decadencia. Maquiavelo, en su obra *Del arte de la guerra* (1520), exhorta a la juventud a no desesperar "... porque esta Provincia parece absolutamente consagrada, de la posibilidad de resucitar nuevamente las cosas muertas, como puede verse por la perfección que están adquiriendo la poesía, la pintura y la literatura..."

El carácter histórico del término "Renacimiento" tuvo su origen en la obra de Giorgio Vasari (1511-1574), el biógrafo de los pintores. Para Vasari, el arte había alcanzado su culminación en la antigüedad griega y romana. Luego de un prolongado período de decadencia iniciado en tiempos del emperador Constantino, se produjo un renacimiento cultural a fines del siglo XIII, manifestado en las pinturas de Cimabue y Giotto.

Sin embargo, actualmente el Renacimiento ya no es considerado tan sólo como un período en el que irrumpen las raíces de la cultura greco-latina. El avance de las artes, el saber y la literatura que observamos en la época de mayor esplendor del Renacimiento -que comprende fundamentalmente los siglos XV y XVI-, no es más que la manifestación de cambios muy profundos que venían produciéndose desde el siglo XI, en todos los órdenes de la vida social. Así lo entiende el ensayista e historiador cultural Emile Gebhart:

"El Renacimiento italiano no fue solamente una renovación de la literatura y de las artes, consecuencia del retorno de los espíritus cultivados a la literatura clásica y de la mejor educación de los artistas que redescubrieron el sentido de la belleza en la escuela griega. En el Renacimiento se expresa todo el complejo de la civilización italiana, y fue la expresión adecuada del genio y de la vida moral de Italia. (...) En realidad, el Renacimiento italiano empieza antes de Petrarca, pues la renovación de las artes se advierte ya en la obras de los escultores pisanos y de Giotto, así como en la arquitectura de lo siglos XII y XIII. Los orígenes del Renacimiento son, por lo tanto, bastante remotos y preceden con mucho a la cultura erudita difundida por la literatura del siglo XV" (en Huizinga, 1969: p. 231).

Comprender el Renacimiento desde esta perspectiva nos lleva a analizar el pensamiento de Maquiavelo como el producto de un proceso de más larga duración que los años en que transcurrió su vida. Un proceso que se inició en el siglo XI y que se extendió hasta el siglo XVIII.

En este largo proceso conviven rasgos de la sociedad feudal en crisis y elementos de una nueva sociedad que se va constituyendo, la burguesa. Maquiavelo vive en una sociedad en transición que, por el entrecruzamiento y fusión de elementos distintos, puede caracterizarse como feudo-burguesa.

Conviene señalar que las transformaciones iniciadas en el siglo XI fueron adquiriendo, con el paso del tiempo, distinto ritmo y profundidad. En ciertas ocasiones diversas circunstancias las aceleraron; en otras, las retrasaron, pero es indudable que entre el siglo XI y la época de Maquiavelo, se desarrollaron nuevas experiencias que operaron sobre el sistema de normas, valores y creencias de la sociedad feudal. Estas experiencias, racionalizadas, alcanzan su primera etapa de sistematización en las teorías que formularon los hombres del Renacimiento, entre ellos, Maquiavelo.

Analizar con profundidad este período de tan larga duración excede los objetivos de este trabajo. A fin de brindar al lector algunas claves históricas para comprender la obra de Maquiavelo, analizaremos sólo dos aspectos del mismo:

1. Algunas de las transformaciones económicas, sociales y políticas que se produjeron desde el siglo XI hasta la época de Maquiavelo.
2. Los cambios en la mentalidad que acompañaron estas transformaciones.

Las transformaciones económicas, sociales y políticas que se produjeron hasta la época de Maquiavelo

Durante este período se pueden identificar tres etapas:

1. La primera comienza en el siglo XI y continúa hasta el siglo XIII. Se caracterizó por la expansión económica y territorial de la sociedad feudal y el surgimiento y desarrollo de las ciudades y el comercio.
2. En la segunda, desde los primeros años del siglo XIV y hasta mediados del siglo XV, la expansión se detuvo. Una profunda crisis afectó todos los órdenes del mundo feudal. La sociedad urbana se consolidó y se diversificó y comenzó a predominar la economía mercantil.
3. En la tercera etapa, desde mediados del siglo XV hasta fines del siglo XVI, la crisis comenzó a ceder y se inició un nuevo período de expansión del comercio. La economía mercantil se consolidó y las monarquías lograron centralizar el poder subordinando a la nobleza y al patriciado urbano.

Primera etapa: de ciudades y burgueses (siglos XI al XIII)

Hacia el siglo XI la situación del mundo feudal comenzó a cambiar. Resulta muy difícil identificar una única causa que explique las transformaciones que comenzaron a manifestarse a partir de ese momento. Es posible que éstas se hayan

producido como resultado de un conjunto de factores que se combinaron y potenciaron entre sí. Entre ellos, se pueden mencionar una mejora en las condiciones climáticas e importantes progresos técnicos que posibilitaron un notorio incremento de la producción agrícola. Hicieron posible además el uso de tierras que, como los pantanos y los bosques, no habían podido hasta el momento ser utilizadas para la agricultura. Al mismo tiempo, muchos de los nuevos adelantos técnicos permitieron reemplazar o aliviar el trabajo humano. Hubo entonces mano de obra que pudo ser aplicada a la realización de nuevas actividades.

En las transformaciones que vivió la sociedad feudal desde mediados del siglo XI también debió influir la relativa paz que reinó en Europa a partir de la decadencia de los musulmanes y la derrota definitiva de los normandos, eslavos y otros pueblos que asolaron Europa Occidental desde el siglo VIII. La suspensión de las guerras y el aumento de la producción contribuyeron a disminuir la elevada mortandad característica de los siglos anteriores. Mejor alimentada, la población se encontró en superiores condiciones para afrontar las enfermedades y procrear.

En los señoríos -unidad económica, social y política del mundo feudal- comenzó a contarse con un excedente de producción agrícola y mano de obra que empezó a dirigirse hacia las ciudades. Las viejas ciudades romanas semiabandonadas comenzaron a repoblarse. En las proximidades de los monasterios, de los castillos, en el cruce de las rutas comerciales o a la vera de los caminos de peregrinación fueron apareciendo nuevos asentamientos de comerciantes y artesanos, que formaron el núcleo desde el que se desarrollaron nuevas ciudades. Había comenzado la vida urbana.

Sus habitantes, que empezaron a ser llamados burgueses, provenían de la economía rural. Muchos siervos se lanzaron a una aventura que los llevaba a abandonar las tierras y las actividades que habían desarrollado sus familias por varias generaciones. Para ello necesitaron una mentalidad aventurera, dispuesta al cambio y con objetivos tales como el mejoramiento de sus condiciones de vida y la obtención de riquezas. El ámbito urbano parecía darles la oportunidad para lograrlos. La ciudad les ofrecía, además, la posibilidad de huir de la servidumbre a la que estaban sometidos en las tierras del señor. En la ciudad se respiraban aires de mayor libertad: si un campesino siervo lograba permanecer en ella un año y un día, el señor perdía todos los derechos sobre su persona.

Mientras el campo producía una cantidad cada vez mayor de alimentos y materias primas, los habitantes de las ciudades comenzaron a especializarse en la producción artesanal y el comercio. Al reanudarse el tráfico marítimo como producto de las Cruzadas se incrementaron los intercambios comerciales y, con ellos, una economía basada en el uso de la moneda. Junto a las monedas de oro, comenzaron a aparecer nuevas formas de pago, como los pagarés y letras de cambio. Se daban así los primeros pasos en la transición desde una economía natural hacia una economía mercantil.

Las ciudades que adquirieron mayor importancia durante este período fueron las que se encontraban cerca de las costas del Mar del Norte (Colonia, Brujas, Hamburgo), las grandes capitales (París y Londres) y, sobre todo, las del norte de Italia (Venecia, Milán, Génova y Florencia). Estas últimas se convirtieron en el centro del comercio de larga distancia. Recibían desde Europa del Norte la lana que necesitaban sus industrias de lujo y, desde el Cercano y Lejano Oriente, artículos que distribuían en toda Europa. Exportaban además, paños finos de seda y lana, cristalería, vino y harina. Florencia se especializaba en las industrias de la lana y la seda.

En un comienzo, las ciudades lograron desarrollarse gracias a la protección de algún señor; formaban parte de su señorío. A medida que los burgueses fueron enriqueciéndose y reclamando mayores libertades económicas y derechos políticos, comenzaron a enfrentarse con los señores. Con la ayuda de la monarquía, fueron venciendo su resistencia y, finalmente, consiguieron que las ciudades se convirtieran en comunas autónomas.

Los reyes comenzaron a ver a las ciudades como fuente de nuevos recursos y también como aliados confiables en su lucha por la concentración del poder contra la nobleza señorial. A partir del siglo XII, la monarquía comenzó a obtener algunos triunfos sobre los señores.

Ninguna de estas transformaciones parecía atentar contra el orden feudal. Cuando los burgueses entraron en conflicto con los señores, fue porque buscaban eliminar las trabas que obstaculizaban el desarrollo de sus actividades. No cuestionaban la legitimidad de su poder o de su autoridad. Tampoco criticaban los valores y creencias vigentes ni reflexionaban sobre la nueva realidad urbana. Se limitaban a operar espontáneamente en ella. Pero poco a poco, los nuevos hábitos de vida urbana, la socialización en la taberna o en el mercado, fueron creando ideas comunes, nuevas corrientes de opinión y normas que comenzaron a gozar del consenso colectivo. Fue naciendo así, una nueva identidad.

Segunda etapa: la crisis de la estructura feudal (siglo XIV hasta mediados del XV)

El desarrollo de la burguesía y de la economía mercantil comenzó a resquebrajar a la sociedad feudal. Surgieron así conflictos y tensiones.

A comienzos del siglo XIV, la expansión económica y demográfica que había conocido la población europea en los siglos anteriores llegó a su fin. No podemos analizar aquí las causas de esta crisis. Sólo mencionaremos que la bonanza de los años anteriores fue reemplazada por un ciclo recurrente de pestes, hambre y carestía. Numerosos conflictos de variado carácter estallaron en todo el espacio en que se había desarrollado la sociedad feudal. Las guerras internacionales como la de los Cien Años entre Inglaterra y Francia y numerosas guerras lo-

cales profundizaron el clima general de inseguridad que predominó en Europa desde la segunda mitad del siglo XIV hasta mediados del siglo XV.

En el ámbito rural, la crisis debilitó el poder y las riquezas de la nobleza tradicional debido a la caída demográfica provocada por la peste o la huida de la población rural hacia las ciudades, a las rebeliones campesinas y a las largas guerras feudales -como la Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra¹-. Pero la posición de privilegio de la nobleza fue socavada, fundamentalmente, por el aumento de poder de las monarquías y por el desarrollo de la burguesía que basaba su riqueza en el dinero, con la consiguiente disminución del valor económico y social de los bienes inmuebles que constituían el patrimonio fundamental de la nobleza.

La crisis también tuvo sus consecuencias en el ámbito urbano. Los conflictos políticos y las pestes, que se manifestaron con mayor virulencia en las ciudades que en el ámbito rural, produjeron profundos daños al sistema de producción, distribución y consumo. El número de habitantes disminuyó en toda la Europa feudal. La población de la península itálica pasó, entre 1340 y 1450, de 10 millones a 7 millones y medio de habitantes. Las ciudades dejaron de ser un ámbito tranquilo y seguro para realizar transacciones comerciales. Pero no todos sufrieron la crisis del mismo modo. Unos pocos pudieron ponerse al resguardo de la peste y aprovecharon la escasez generalizada para realizar negocios ventajosos y reunir una importante fortuna. El clima generalizado de inseguridad y contracción económica favoreció un proceso de concentración tanto económica como política.

En sus inicios, las sociedades que se fueron conformando en el ámbito urbano constituían un conjunto heterogéneo, vago y movedizo. La movilidad era atribuida a la imprevisible “rueda de la fortuna”, imagen frecuente en la literatura de la época.

Gracias a la expansión económica y al privilegio obtenido por algunos mercaderes se fue formando un grupo diferenciado por su fortuna, el de los más ricos. Eran los grandes comerciantes y banqueros y los maestros de los gremios más importantes, que constituyeron el patriciado urbano. La diferenciación de este grupo terminó de definirse cuando conquistaron el poder de las comunas. Familias poderosas como los Médici en Florencia y los Visconti y los Sforza en Milán, detentaban el poder en las ciudades.

Otros grupos intentaron disputar el poder al patriciado. Habían surgido a partir del aumento de las actividades económicas en el período anterior. Nuevas profesiones, nuevas categorías y también nuevos pobres abrieron, cada vez más, el abanico de la sociedad urbana. Algunos de estos nuevos grupos que lograron reunir fortunas equivalentes a las del patriciado comenzaron a reclamar participación en el poder político de la ciudad.

También hubo descontento en los sectores medios y bajos, pequeños comerciantes, oficiales, aprendices y trabajadores en general que sufrían los perjuicios de la crisis económica y del monopolio del poder de los patricios.

La contracción económica, como consecuencia de la crisis, hizo surgir la necesidad de regular las actividades del mercado y de la producción, a través, por ejemplo, de la fijación de los salarios y de las condiciones de trabajo. Para ello, era imprescindible controlar el poder político. Desde fines del siglo XIII, pero especialmente durante el siglo XIV, se desencadenaron violentos conflictos -los movimientos antipatricios- entre el patriciado urbano y los sectores enriquecidos pero sin poder político apoyados por los sectores medios y bajos. Por lo general, se aprovecharon coyunturas favorables como las frecuentes luchas que se desencadenaban entre linajes patricios. En Florencia, las revueltas del “*popolo grasso*” y del “*popolo minuto*” en 1295 y la “rebelión de los *ciompi*” en 1378 se inscriben en este proceso.

Estos conflictos políticos y sociales culminaron con el triunfo del patriciado quien, no obstante, no logró conformar gobiernos estables. A partir de entonces, el patriciado intentó poner límites a la movilidad social y se constituyó en la élite de las sociedades urbanas a las que impuso progresivamente su sistema de normas y valores y su concepción de la vida. De esta manera, se fue constituyendo una sociedad dual: el patriciado y el común. En ella, las desigualdades estaban basadas, fundamentalmente, en la riqueza y el poder político y no en el nacimiento como en la sociedad feudal.

El patriciado urbano, en algunas ciudades como en las italianas, se mezcló con la nobleza y adoptó un estilo de vida que los diferenciaba tajantemente del resto. Construyeron lujosas viviendas, se rodearon de valiosos objetos y conformaron linajes poderosos. Su poder y su trascendencia quedó reflejado en obras como la estatua ecuestre de Gattamelata de Donatello y otras de Verrocchio y Ucello.

El inestable poder político del patriciado, sumado a la creciente rivalidad entre ciudades, resintió el desarrollo de las actividades económicas. Los grupos patricios buscaron consolidar su situación. Para ello, apelaron a algún poder exterior a la ciudad que lograra imponer el orden. Esto significó sacrificar la autonomía política en aras de la paz social, aunque conservando el poder económico. ¿A quién se apeló? En muchos lugares, a los reyes y, en las ciudades italianas a los poderes unipersonales con fuerza militar.

La crisis y los conflictos sociales y políticos profundizaron las transformaciones producidas en la etapa anterior. La sociedad urbana ya no era un enclave aislado. Se había desarrollado paralelamente a la desarticulación de las estructuras productivas y sociales que caracterizaba al mundo feudal y a los avances de la economía de mercado. Se comenzó, entonces, a reflexionar sobre la trascendencia de los cambios y sobre sus implicancias, y a reajustar los mecanismos de la nueva economía.

Tercera etapa: de burgueses y monarquías (siglos XV y XVI)

La vida de Maquiavelo se inscribe en esta etapa

A partir de la segunda mitad del siglo XV, la retracción comenzó a dejar paso a una nueva etapa de expansión. La experiencia de la crisis permitió conocer mejor el funcionamiento del mercado, del crédito y las consecuencias de las acciones del poder político. Las burguesías se encontraban en mejores condiciones para accionar sobre la economía mercantil. No obstante, a pesar de la consolidación de su poder económico, social y político tuvo que someterse a las nuevas condiciones que le impusieron las monarquías centralizadas.

La expansión, lenta al principio, fue adquiriendo una aceleración creciente. Distintos factores, como el aumento de la población, pueden explicar el cambio. Pero lo que más incidió fue la mayor estabilidad política que derivó de la disminución de las tensiones sociales y el surgimiento de los nuevos reinos unificados y centralizados. El proceso de concentración política y económica que se inició en la etapa anterior se profundizó. Las monarquías territoriales acrecentaron su poder a medida que se debilitaba el de la nobleza. Francia, Inglaterra, Portugal y España lograron la unificación territorial y la constitución de las monarquías nacionales e iniciaron el camino hacia la formación de los Estados absolutos. En este proceso, jugó un importante papel el capital aportado por las grandes casas comerciales y bancarias del patriciado urbano.

Poco a poco, la economía urbana quedó atrapada en la red de poder de las monarquías. La delimitación de ámbitos de dominación territoriales nacionales y los tratados y acuerdos entre los reyes, facilitaron y ampliaron las actividades económicas de las burguesías a una escala regional, nacional e internacional. En este último ámbito, ya en los siglos anteriores, se habían formado ligas comerciales entre ciudades como la Hansa germánica, que agrupaba a todos los puertos importantes del Mar Báltico, del Mar del Norte y del océano Atlántico. Pero el tráfico más intenso y mejor organizado se desarrollaba en el Mediterráneo. Génova y Venecia eran las ciudades más poderosas de esta zona. La asociación entre monarquía y burguesía permitió la expansión interoceánica cuando el comercio del Mediterráneo se vio interrumpido por la expansión de los turcos. Castellanos y portugueses iniciaron sus viajes hacia el occidente y formaron, desde el siglo XVI, los grandes imperios coloniales.

El esplendor que muchas ciudades alcanzaron entre la segunda mitad del siglo XV y las primeras décadas del siglo XVI, entre ellas las del Renacimiento italiano, se debió a que el patriciado urbano dejó de lado viejas concepciones para incorporar las ventajas de su nueva situación política y económica.

Muchas burguesías dejaron de ser específicamente urbanas y pasaron a ser burguesías de los reinos. Incluso, muchos burgueses se incorporaron como funcionarios de la corona. El patriciado de aquellas ciudades que mantuvieron su au-

tonomía, como Florencia, quedó sometido a las políticas impulsadas por los grandes Estados como Francia o España.

Sintéticamente podríamos enunciar los cambios operados desde el siglo XI de la siguiente manera:

1. La economía feudal, basada fundamentalmente en la producción para la subsistencia, sucumbió ante el predominio de la economía de mercado.
2. La sociedad estamental típica de la época feudal dio paso a una sociedad diversificada, caracterizada por el surgimiento de nuevas clases y grupos sociales entre los cuales las burguesías urbanas lograron ocupar un lugar preponderante en la sociedad.
3. El sistema político feudal, fragmentado, fue centralizándose. Una nueva distribución de poderes y estilos políticos caracterizaron a las monarquías nacionales.

Los cambios en la mentalidad

Antes de abordar este tema, deberemos explicitar qué entendemos por mentalidades. ¿Qué es la mentalidad?

Seguindo a José Luis Romero (1987), podemos definir a la mentalidad como un conjunto de ideas operativas, de ideas que mandan, que resuelven, que inspiran reacciones. Son también ideas valorativas y normativas, condicionantes de los juicios de valor sobre las conductas y las opiniones sobre lo que es bueno y lo que es malo. Son tan cambiantes como los tiempos. Se apoyan en actitudes difusas pero arraigadas y generan normas que dirigen la acción del grupo.

Los orígenes de estas ideas suelen ser borrosos. Casi todas las ideas corrientes, por ejemplo, los llamados prejuicios, son viejas ideas incorporadas desde hace mucho al grupo social, de manera racional, que luego han ido perdiendo precisión y vigor, desprendiéndose del sistema explicativo que les dio origen y transformándose en ideas vulgares.

En síntesis, la mentalidad es como el motor de las actitudes. La manera como, a veces inconsciente o subconscientemente, un grupo social, una colectividad, se planta ante la muerte, el matrimonio, la riqueza, la pobreza, el amor, el trabajo.

Es un sistema de ideas no racionales que quizás alguna vez lo fue pero que tiene una enorme fuerza porque se transforma en tradicional.

Fruto de las nuevas realidades y nuevas experiencias, las mentalidades se van modificando. Las ideas, las creencias que conforman esa mentalidad se abandonan o se resignifican y a la vez surgen otras nuevas configurando, a veces, una nueva mentalidad.

¿De qué manera los cambios económicos, políticos y sociales que hemos analizado incidieron sobre las mentalidades?

Las mentalidades no permanecieron ajenas a los cambios económicos, políticos y sociales que se produjeron entre los siglos XI y XVI. Los hombres y mujeres que vivieron durante este período se enfrentaron a nuevas experiencias que fueron modificando, muy lentamente, las creencias, valores, opiniones propias de la mentalidad cristiano feudal. A través de un largo proceso de elaboración racional de esas experiencias surgieron nuevas normas morales, principios de vida, de legitimidad y de acción así como nuevas concepciones sobre la realidad, el hombre o la sociedad. Estas nuevas creencias y valores conformaron la mentalidad burguesa racional y profana. Comenzaron a ser sistematizadas a partir del siglo XV aunque, con el paso del tiempo, confrontadas a nuevas experiencias, fueron sufriendo un proceso de reelaboración.

Intentaremos explicar este proceso, por cierto complejo, a través de dos ejemplos: la concepción del hombre y la naturaleza.

Ambas concepciones, que tradicionalmente han sido relacionadas con el Renacimiento y, en especial, con el Humanismo, en realidad son cronológicamente anteriores. Además, no pertenecen a una época sino a un sector social que fue elaborando formas de pensamiento distintas de las que predominaban en la sociedad cristiano feudal.

La nueva concepción del hombre

En la concepción organicista de la mentalidad cristiano feudal, el individuo no existía independiente del estamento. Éste estaba compuesto por un conjunto de individuos que debían su razón de ser a la función social asignada.

A partir del siglo XI, como fruto de diversas experiencias, comenzó a valorizarse al individuo separado del conjunto social. El campesino que tomaba la decisión personal de abandonar el señorío y lanzarse hacia lo nuevo y lo desconocido, hacia la aventura, aprendió que podía vivir desprendido del vínculo de dependencia y de la protección de su comunidad original. Su aventura, que era la del ascenso social a través del comercio o la manufactura, lo llevó a tomar decisiones, a unirse a otros individuos y a constituir un grupo. Este grupo y, más tarde, la sociedad, ya no tuvo una sanción divina sino que fue formado sobre la base del acuerdo, del consentimiento. Era el comienzo del contrato social.

Estas transformaciones en las que los individuos comenzaron a distinguirse del conjunto social, se vieron reflejadas en las artes plásticas. Las representaciones de Cristo y de la Virgen adquirieron características diferenciadas aún en las obras de un mismo autor. En la *Virgen con el Niño* y en la *Piedad*, ambas de Miguel Ángel, pueden verse estas diferencias. La figura humana pasó a transformar-

se en una persona de carne y hueso. Además, a medida que se avanzaba en el conocimiento del cuerpo humano, aparecieron plasmadas las características particulares de las personas a las que se pretendía representar. Empezaron a utilizarse modelos y apareció el retrato, como el de Dante Alighieri que hace el Giotto o la *Gioconda* de Da Vinci. Como una manifestación del cambio en marcha, los artistas comenzaron a firmar sus obras, no sólo en la búsqueda de la trascendencia profana sino para individualizar su obra.

En este proceso, el hombre descubrió su capacidad de pensamiento y, simultáneamente, descubrió su capacidad de sentimientos. Si bien se mantuvo la dualidad en la imagen del hombre poseedor de un alma noble y de un cuerpo vil, comenzó a valorarse todo lo que hacía excitar la vista, el oído, el gusto, así como las diversiones que ofrecía la vida urbana y la riqueza conseguida. El hombre aceptaba todo ello y lo disfrutaba dejando de lado, sin todavía cuestionarla, la condena establecida por la moral cristiana.

En los siglos XIII y XIV se multiplicaron las grandes fortunas. En Italia ellas crecían rápida y considerablemente. Asociadas a la riqueza y al goce, surgió el lujo personal. En la Edad Media, casi todo el lujo se exteriorizaba, era público y, aún en los casos en que fuera privado, se manifestaba más fuera de la casa que dentro de ella. En la época del Renacimiento, si bien se mantuvo en el ámbito público -en los torneos, espectáculos fastuosos, cortejos, convites públicos-, el lujo comenzó a convertirse en privado instalándose en el hogar. La ambición, el anhelo de ostentación junto con el orgullo y el afán de poderío se acentuaron y cobraron nuevas formas. Giacomo de Sant Andrea arrojaba al río objetos de oro y plata y llegó a prender fuego a un edificio para aumentar la diversión de las fiestas.

El lujo en la comida, el “arte culinario” nació en Italia en los siglos XV y XVI junto con las otras artes. Ya no se buscaba sólo “devorar”. El goce no sólo exigía cantidad sino también calidad.

En este descubrimiento de su capacidad de sentir, el hombre resignificó el amor. En la sociedad feudal, amar era una actividad humana al servicio de Dios. El objeto amoroso era supraterrrestre (como el culto a la Virgen). Todo amor no consagrado a Dios o no vinculado al matrimonio llevaba el “estigma del pecado”. No significaba la ausencia del erotismo pero, tanto en el campesino como en el noble, este tipo de sensibilidad se hallaba reprimida en su valoración aunque no de hecho.

La secularización que se inició en todos los órdenes de la vida a partir del siglo XI también alcanzó al amor. Las canciones de los trovadores que se difundieron en esta época y lograron su mayor florecimiento entre mediados del siglo XII y mediados del siglo siguiente, le cantaban al amor terrenal. En las obras de los poetas líricos y, luego, en las de los artistas plásticos, sobre todo en Italia, apareció el amor carnal y el espiritual, pero ambos eran profanos. La sensualidad natural no surgió hasta el *trecento*. En el *Decamerón* de Boccaccio la sana sensua-

lidad se impuso definitivamente al idealismo. Pero la mujer, objeto del amor, continuó cubierta de vestidos en la imaginación del hombre. A partir del *cuatrocento* y, en especial, del *cinquecento* comenzó a retratarse a la mujer desnuda como símbolo del amor sensual.

Como sostenía Firenzuola, "... Amor no es otra cosa que goce. Yo amo a las mujeres del mismo modo que amo el vino, el juego, la ciencia. O dicho en otros términos: el vino, el juego, la ciencia y las mujeres me proporcionan deleite. Y el deleite es el sentido último de la vida. No se goza para algún otro fin sino que el goce es el fin último..." (Citado por Sombart, 1965: p. 59).

La nueva concepción de la naturaleza

En la mentalidad cristiano feudal se concebía a la naturaleza como una mezcla de realidad e irrealidad, poblada de elementos sobrenaturales misteriosos que eran producto de la creación divina. Los hombres no la observaban ni intentaban conocerla, vivían inmersos en ella. Sólo la verdad revelada por Dios e interpretada por los hombres de la Iglesia podía develar sus misterios.

Cuando a partir del siglo XI el hombre comenzó a dejar el ámbito estrecho del señorío, conoció nuevos paisajes, nuevas naturalezas. Ya sea cuando se asentó en el ámbito urbano, cuando colonizó nuevas tierras o cuando participó de las Cruzadas, el hombre se separó de la naturaleza. Sus nuevas actividades -el comercio, la manufactura-, le permitieron mantener una distancia física y también psicológica que no existía cuando su trabajo dependía tan directamente de los fenómenos naturales. Separado de la naturaleza, el hombre comenzó a contemplarla. La distancia y las nuevas experiencias como los viajes a tierras lejanas fueron generando novedosas actitudes. Los hombres no sólo pudieron contemplarla sino que, además, sintieron una emoción estética desconocida. Descubiertas su sensibilidad y su capacidad de goce, la naturaleza sorprendió a los hombres y los deleitó, como lo reflejó Marco Polo en *El libro de las maravillas del mundo*.

La contemplación y la observación les permitió descubrir la variedad de realidades naturales. Dejó de ser la naturaleza uniforme, única que conocía el campesino feudal. Ahora se percibían su diversidad y sus cambios, y los hombres comenzaron a estudiarla por curiosidad y porque deseaban operar sobre ella como lo hace el navegante cuando necesitaba tomar decisiones al iniciar una travesía marítima o utilizar los elementos naturales para orientarse. El hombre primero observó la naturaleza; más tarde, sometió los datos de la observación a comprobaciones espontáneas y luego metódicas y, finalmente, comenzaría la experimentación. Se iniciaba el camino que lo conduciría hacia la revolución científica del siglo XVII.

El conocimiento de la naturaleza modificó la concepción del hombre sobre la realidad. Sin embargo, ello no implicó que automáticamente se despojara de los

elementos de irrealidad. Durante varios siglos, en la imagen de la realidad natural subsistieron entremezclados elementos simbólicos y místicos. Pero, poco a poco, la naturaleza dejó de ser concebida como una creación pasiva e inmutable. Los hombres del Renacimiento creyeron en el *realismo*, en la naturaleza como una realidad sensible, un mundo de hechos, de fenómenos que podían ser conocidos por el hombre. Frente a la religión, adoptaron una actitud subjetiva: tolerante a veces, otras burlona, mezcla de antigua superstición y de moderno escepticismo.

“Afirmar que el hombre, su razón y su experiencia son fuente de conocimiento constituye una revolución frente al principio de la verdad revelada: una revolución mental. (...) No ha dejado de ser creyente, pero ha dejado de respetar todas las cosas que en la estructura tradicional se suponían respaldadas por Dios” (Romero, 1987: p. 54).

A modo de conclusión

El individualismo y el realismo, nuevas concepciones acerca del hombre y la naturaleza, respectivamente, asociadas con las nuevas experiencias de la economía mercantil y los cambios en los sistemas políticos, tanto las que se fueron desarrollando en las ciudades como las acciones de las monarquías en el proceso de centralización, modificaron concepciones tradicionales sobre la política y el ejercicio del poder. Maquiavelo logra llevar al terreno de las ideas sistemáticas las experiencias que se fueron desarrollando en este campo. Resulta importante subrayar que, durante el Renacimiento, permanecen muchas de las formas medievales de pensamiento simbólico y sacramental pero junto a una actitud personal hacia la doctrina y la autoridad.

“El Renacimiento fue un cambio de marea. La imagen que refleja la transición de la Edad Media a los tiempos modernos es (¿cómo podría ser de otro modo?) no la de una revolución de una gran rueda, sino la de una prolongada sucesión de olas que ruedan sobre una playa, cada una de las cuales se rompe en lugar y en momento diferentes. Por doquier las fronteras, entre lo viejo y lo nuevo, son diferentes; cada forma cultural, cada concepto se transforma a su propio tiempo, y nunca la transformación abarca a todo el complejo de la civilización” (Huizinga, 1960: p. 249).

El pensamiento de los hombres del Renacimiento es de transición, de combinación de elementos culturales diversos originados en las nuevas experiencias. Para comprenderlo, no deberemos buscar la unidad sino la complejidad, la heterogeneidad y las contradicciones que caracterizaron a esta época. Sólo así podrá comprenderse la obra de Maquiavelo.

Bibliografía

- Astarita, Carlos 1992 *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo* (Buenos Aires: Tesis 11, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires).
- Delumeau, Jean 1977 *La civilización del Renacimiento* (Barcelona: Juventud).
- Garin, Eugenio 1990 *El hombre del Renacimiento* (Madrid: Alianza).
- Gebhart, Emile 1879 *Les origines de la Renaissance en Italie* (citado en Huizinga, 1996)
- Hale, John 1996 *La civilización del Renacimiento en Europa* (Madrid: Crítica).
- Huizinga, Johan 1960 “El problema del Renacimiento”, en *Hombres e Ideas. Ensayo de Historia de la cultura* (Buenos Aires: Fabril).
- Huizinga, Johan 1979 *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos* (Madrid: Alianza).
- Kriedte, Peter 1991 *Feudalismo tardío y capital mercantil* (Barcelona: Crítica).
- Maquiavelo, Nicolás 1988 *Del arte de la guerra* (Madrid: Tecnos).
- Romano, Ruggiero 1966 “El mercader italiano entre Edad Media y ‘Renaissance’”, en *Revista Estudios de Historia Social* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires) Año 2, Nº 2.
- Romano, Ruggiero y Alberto Tenenti 1989 *Los fundamentos del mundo moderno* (México: Siglo XXI).
- Romero, José Luis 1979 *La revolución burguesa en el mundo feudal* (México: Siglo XXI) Vol. 1 y 2.
- Romero, José Luis 1980 1ª Edición *Crisis y orden en el mundo feudoburgués* (México: Siglo XXI).
- Romero, José Luis 1985 *La Edad Media* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Romero, José Luis 1986 3ª edición corregida y aumentada *Maquiavelo historiador* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Romero, José Luis 1987 *Estudio de la mentalidad burguesa* (Buenos Aires: Alianza).
- Sombart, Werner 1965 “Lujo y capitalismo”, en *Revista de Occidente* (Madrid).
- Sombart, Werner 1979 *El burgués. Introducción a la historia espiritual del hombre económico moderno*, (Madrid: Alianza).

Notas

1 Entre 1455 y 1485, al finalizar la Guerra de los Cien Años, se desencadenó un conflicto entre las dos principales familias nobles de Inglaterra, la Casa de Lancaster (rosa roja) y la de York (rosa blanca). Este conflicto se conoce con el nombre de “La Guerra de las Dos Rosas”. Ambas familias resultaron muy debilitadas, favoreciendo el proceso de centralización de la autoridad monárquica.